

CARTAS LLEGADAS DE EUROPA

Carlos Sánchez Granel

Novela ganadora del XX Premio Vargas Llosa



TROPO EDITORES

Nota preliminar

Fue mi decisión la de publicar estas cartas tal como fueron escritas, con la sola corrección de algunos errores gramaticales que pudieran tornar confusa su comprensión, así como la recomposición más probable de las frases ilegibles. En cambio, fueron otros los que insistieron en adjudicarles mi nombre de autor, cuando apenas lo soy de este preámbulo. Pensaron que era absurdo no atribuirle ninguno o sólo las discretas iniciales que aparecen en el reverso de los sobres.

Podría haberle dado el protagonismo de su autoría a Anselmo Giménez, porque fue él quien me las dio el día que yo visitaba a mi hermana en su casa del barrio Las Delicias, en Córdoba, pero él jamás lo hubiera aceptado. Giménez se extrañó al verme leer en la galería sin moverme de mi silla todo el tiempo que a él le llevó el cuidado del jardín, y al comentárselo a mi hermana, supo por ella que era parte de mi trabajo de escritor. Al día siguiente trajo las cartas; se acercó a mi silla humildemente, pero con la determinación de los convencidos, me pidió que las leyera y me contó la historia que había tras ellas. Yo traté de que él la escribiera tiempo después, ya decidida su publicación, a lo que él se negó rotundamente, alegando su ignorancia y el argumento, de

lógica demoledora, de que si yo era el escritor, no lo necesitaba a él.

Anselmo vive en Córdoba hace años, pero nació en Mallín, un pueblo entre Cosquín y Tanti. Antes de venirse a la ciudad recibió de su tío octogenario estas cartas; las guardó sólo por ser algo muy preciado para ese tío, Ofelio, compañero anciano de su infancia que murió solo y sin más bienes que una heladera y una vieja radio Spica, no sin antes dejarle en herencia el paquetito atado con una cinta. Ofelio había trabajado de varias cosas: pastor de chivos, lo más obvio; ayudante de alambrador; peón de pala en la empresa que hacía la ruta, pero sin dejar de ir a la escuela, aunque el trabajo alargara los años para terminarla. Su título de sexto grado resultaba, en esa época, suficiente para su último y definitivo trabajo, el de empleado de correo en la estafeta de Cosquín. Ofelio le contó a Anselmo que desde que ingresó al correo tuvo conocimiento de un atado de cartas en la parte más alta de una estantería, que estaba allí desde hacía muchos años y que relegadas a esas alturas se pretendía soslayar las reglas inviolables de la institución: no entregadas por inexistencia de destinatario, correspondía su devolución al remitente, pero la dirección era incomprendible, «OΔeca»; no se les podía pedir que conocieran el alfabeto cirílico. Había entonces que esperar a que fueran requeridas por alguien que mostrara evidencias suficientes de su derecho, pero nadie apareció nunca, con evidencias o sin ellas. Todos los años que Ofelio trabajó en aquel lugar, las cartas estuvieron en el mismo estante, pero más en su sensibilidad, pues la idea de un alguien escribiendo a un otro y poniendo en ello énfasis, confesiones, amor o tristeza, sin jamás ser leído, le dolía a Ofelio cada día. Por fin se decidió (debió de haber gozado al desatarse de la red invisible y tiránica del reglamento), tomó las cartas, se fue a la dirección

que marcaban, el viejo hospital de Santa María de Punilla, que aún funcionaba aunque su cierre estaba próximo, y se dispuso a develar el misterio. Le tocó la buena suerte de que la empleada que lo atendió era comadre de su hermana, y hasta le cebó mate mientras se afanaba buscando datos sobre el destinatario de las cartas; por la misma buena suerte, o por una administración puntillosa, dieron con la carpeta de ese internado de cincuenta años atrás. No había mucha cosa: las últimas páginas del seguimiento clínico, que terminaban abruptamente con un «Muerte por tuberculosis», fechado en diciembre de 1938; también un telegrama amarillo que autorizaba a cierta casa de sepelios a retirar el cuerpo para su traslado a Buenos Aires; y, por último, la pequeña colección de cartas anteriores a la muerte, la última de agosto del 38, que el fallecido había recibido y leído, pero que nadie reclamó, por lo visto, de entre sus bienes.

Ofelio tomó también la decisión de abrir las cartas cerradas, de leer aquella historia entre dos desconocidos, y no le importó no entender algunas cosas un poco abstrusas, porque no eran más esenciales que las que habían estado esperando tantos años en el estante.

En medio del océano, 6 de marzo de 1938

Querido Eugenio:

¿Habrá llegado la postal desde Río? Con el laconismo que te caracteriza, posiblemente no hayas puesto en palabras lo que tus pensamientos, con justicia, habrán determinado: poca cosa esa breve alusión al calor intolerable y a la ciudad que oscila como si jamás me hubiera bajado del barco, poca cosa ese saludo por más que adornado de signos de admiración, demasiado poca cosa para los varios días pasados desde mi partida. Los aún más, desde la tuya, en Retiro; me hubiera gustado tenerte en el puerto, hubieras desequilibrado las figuras de mamá con ojos húmedos (la emotividad femenina que no somos capaces de entender, según nos lo dijimos sin palabras vos en la ventanilla y yo en el andén, con Susana a mi lado llorando a mares), y la del viejo, adusto como siempre, para poner en adecuado contrapunto la masculinidad. Sólo fue capaz de despedirse diciéndome que fuera eficiente en el encargo que se me había hecho. Vos hubieras sido la amistad, la hermandad, que no voy a definir para no caer en lo sensible, tal como tácitamente lo tenemos acordado; ni siquiera la distancia, ni siquiera las palabras que se escriben en lugar de ser dichas, y que son mucho más fáciles para la intimidad, me harán romper el acuerdo.

Escribir es mucho más lo tuyo que lo mío, debo acostumbrarme de a poco. Dijiste (estábamos sentados en el Tortoni) que a mí no me interesaban las palabras, tal vez por alguna confusión que hice, vos siempre tan puntilloso, o porque pensaste que es lo natural cuando uno ha decidido dedicarse a los números. Sin embargo, de chico me pedías, aquellos días obligado a quedarte en cama, que te describiera con el mayor detalle lo que no habías podido ver: el mar en la playa del Ocean, el paseo por las sierras, las personas que habían ido a cenar, y yo trataba de recordar cada minucia, me esforzaba precisamente en las palabras, trataba que fueran tus ojos. Vuelvo al juego, ahora en este barco, que no ves: me angustia la sensación de isla, el despertar cada mañana y no poder convencerme de que no estoy navegando porque son demasiado inequívocos los chasquidos rítmicos sobre el casco y el gruñido rotatorio, infinito, de los motores; luego debo salir al ineludible viento, al ineludible olor a profundidad y a sal, y encontrar que se está en el mismo lugar, que la estela no es una ruta dejada atrás, sino una corta y dramática ilusión espumosa. Un mismo lugar en la misma enormidad, que cree engañarme porque es capaz de cambiar la silueta de las olas, de crearles arabescos o de engordarlas sorpresivamente para que el barco se escore y uno se aferre a lo que encuentre, o porque las hace estallar en lluvias finas y pegajosas. No confunde a nadie: el límite con el cielo es, ineluctablemente, siempre la misma y precisa recta. Y ¿si la alegría de llegar a las sierras tenía más que ver con haber domeñado por fin el horizonte inamovible, con dejar de ser náufragos de la pampa? Respecto a los crepúsculos, es simple cuestión de buscar la borda que muestre la transfiguración del sol, el círculo que se hunde con coágulos alargados y rugosos, que se resigna enseguida a una turbiedad de naranjas y ocre, que se apaga sin sonido; y de las

noches decir que la diferencia entre cielo y mar reside sólo en que las estrellas que vemos en uno son quebradizas en el otro. No quisiera nombrar las tormentas para no convocarlas, pero son un infierno sólo de agua, la lluvia en pinchazos de acero, la gelatina del mar reptando sobre la cubierta y los vidrios tras los que ingenuamente suponemos nuestro amparo, el horrible pensamiento de la muerte confundido entre el cuerpo convulso y el alma separada.

La vida cotidiana supera, felizmente, estas tragedias. El Campana es un lindo barco, y entre sus virtudes está el de ser de línea francesa, virtud primordialmente gastronómica. Insólitamente, papá tuvo la generosidad de comprarme pasaje de primera clase; no es que me importe demasiado, pero un camarote amplio (con cama en lugar de cuchetas compartidas), baño individual, comidas de guante blanco no son cosas que se desprecien. Dicen que el Cap Arcona es fabuloso, pero bueno, no es cuestión de ponerse exigentes; si bien es alemán, bandera con esvástica, quién te dice que no haya que formar en cubierta todas las madrugadas y hacer el saludo al Führer. Este barco es más chico y eso colabora en otra tragedia: que en primera clase no haya mujeres solteras. Alguna hay, pero es preferible convencerse de que un novio la despidió en Buenos Aires o la espera a su llegada, cosa en realidad muy improbable. «No hay mujeres feas», decía Humberto, todo le venía bien. Un humanista, Humberto.

Así que el viaje marítimo me ha negado una posibilidad inmejorable, porque diecinueve días sin otra cosa para hacer enamorarían a la más reticente, con sólo mantener de mi parte la consigna de la insistencia, como se cuenta del burro. Así, mi vida social se reduce a pulidas conversaciones con maridos, alrededor de una mesa con té o, si la hora del oca-so ya lo permite, con algo más espirituoso. Conversaciones

previsibles: son señores de negocios, ningún artista, ningún filósofo como vos; cuando son argentinos, obvias alusiones al precio del ganado y otros temas rurales (en los que me desenvuelvo bastante bien, no creas, escucho a papá cuando habla) y, por cierto e inevitablemente, sesudos pronósticos sobre lo que hará o dejará de hacer el doctor Ortiz, lo que no son más que meras declaraciones de deseos si se tiene en cuenta que el hombre no lleva ni quince días en la Casa Rosada. Todos concordancistas, no hay radicales ni por asomo, todos confiados en que Ortiz será una continuidad en las políticas de Justo, lo que permite cumplir con la impronta tan nacional de que si el bolsillo anda bien, todos somos oficialistas. A la hora de la cena, a la que suele unirse el capitán, me toca compartir la mesa con matrimonios franceses; puedo afirmar que las clases de *madame* Faiguet todos esos años, de lunes a viernes y de dieciocho a diecinueve, han logrado sus frutos, hasta recibo elogios por mi francés. Y ¡qué golpe a la cultura, por otro lado, cerrar los prostíbulos en el 36, impedirnos la sana práctica de ese idioma con las pupilas! En esta mesa europea los temas son más eclécticos, hay incluso un viejito que a su amor a la lírica sabe darle un discurso muy entretenido. Uno del tema algo sabe, aunque sea por las veces que fui al Colón en lugar de mamá cuando la atacaban sus migrañas. Cuando era al revés, y era el viejo el que no iba, era tácito que serías vos el acompañante. En la cena guardo silencio, como corresponde a un joven educado; pero una noche tuve la no tan feliz idea de requerir opiniones sobre la amenaza de guerra en Europa. Todos se quedaron callados y sombríos, por lo que no insistí; se los veía bastante pesimistas. A nosotros nos parece cosa de otro mundo, pero los europeos no se olvidan tan fácilmente de la Gran Guerra, y tal parece que ese señor Hitler y su Alemania embanderada y uniformada no les resulta sólo

política delirante. Mamá, gallina que cuida sus pollos, le preguntó al viejo una noche en la cena si no le parecía imprudente mandarme a Europa justo en estos tiempos; por supuesto, papá le contestó que no era para tanto, que las potencias europeas siempre andan cacareando, que ya se arreglarían. Yo pienso parecido, demasiado terrible la solución de otra guerra, la Depresión ya está pasando, y los emperadores han dejado de existir. En el peor de los casos, durante los tres meses que estaré en Europa, no es lógico suponer que además de declararse la guerra se tenga el tiempo para movilizar y armar los ejércitos. El 16 de junio es la fecha de partida del barco de regreso; si no estás en Buenos Aires para mi llegada, mi segundo paso será Retiro para ir a verte a Córdoba.

La decisión de papá de enviarme a Europa nos pareció intempestiva (estábamos sentados en el cuarto de la radio, ¿te acordás?), pero en algún momento mamá me confesó que él siempre había tenido ese propósito, producto de su propia experiencia cuando viajó con sus padres; debe de haber sido en el año 1905 o 1906. Tiene la idea de que la Argentina es demasiado nueva y que hay que sumergirse en aquel mundo para tomar cabal conciencia de la humanidad, además de que de ese mundo viene lo grandioso e importante, de lo que los argentinos seremos siempre y fatalmente meros imitadores. Pero esperó a que terminase la Facultad para decírmelo, no fuera cosa que los pajaritos se me subieran a la cabeza. Me tocó a mí, que soy tu hermano mayor por la friolera de once meses, ¡hubiera sido tanto más divertido viajar juntos...! Pero esa maldita tos tuya te atacó de nuevo; te debés a la paciencia, unos meses en las Sierras con tus libros y aire fresco y volverás nuevo, como para terminar tus exámenes de metafísicas y ontologías y hacer las valijas.

El encargo que llevo (algo tan esperable de papá, para quien el ocio es imperdonable, Estoa y no Jardín de Epicuro, dirían

tus libros), y que no tuviste ocasión de conocer, consiste en conectarme con un fabricante de vidrio europeo que tenga interés de asociarse con él y sus amigos para proveerlos de experiencia en la fábrica que se les ha ocurrido instalar en estas lontananzas, fruto, como probablemente ya sabrás, de la inspiración que ese amigo del Jockey con bodegas en Mendoza le ha insuflado a su codicia, contándole que las botellas en el país son muy caras. Como consecuencia me ha comprado unos cuantos libros sobre la materia, suponiendo que mi título de ingeniero me facilitará su digestión. Me acompañan en este bamboleante viaje y soy diligente en su lectura, por el motivo ya expuesto *ut supra*: la penuria de mujeres.

Lo dicho: si aún estás en Córdoba a mi regreso, allá me tendrás, a tu lado mirando las sierras. Me parece recordar la primera vez que fuimos; tendríamos, no sé, ocho, nueve años. Fue por tu tos, que no se calmaba, y tengo la vaga idea de que era el fin del verano, porque me parece que empezamos las clases más tarde ese año. Seguramente habíamos iniciado el veraneo en el campo, como siempre; tener que dejarlo para ir a las Sierras, como fue habitual después, no me debió de haber hecho mucha gracia. Me gustaba con locura el campo, aún me gusta; las madrugadas escapados a la matera de los peones, queriendo ser un poco como ellos, parcos, pícaros, fuertes (tenía que ser uno de ellos el que apretara la cincha de nuestros petisos, porque nuestros bracitos apenas nos daban para poner el recado sobre el lomo); la recorrida después, potrero a potrero, revisando alambrados, vacas abichadas, molinos trabados, y el premio final del regreso: churrasquito a media mañana. Me seguías como un perro; lo que había que hacer, yo lo había aprendido un verano antes. Los días de yerza eran la fiesta, nos sacaban del medio para que no molestáramos, pero igual nos colábamos en el corral, en mi caso por

el orgullo de ver a nuestro padre, que en Buenos Aires era un cajetilla de plastrón y polainas y acá quizá el más hábil para el lazo, el hombre al que los peones obedecían sin chistar. Ese sencillo y ordenado universo en el que todo estaba instituido, y el futuro reducido a llegar a ser como papá. Aparte de eso, no me acuerdo de hacer otra cosa que no fuera andar a caballo, a hurtadillas si era la sacrosanta siesta, como la vez aquella que casi me matan porque te llevé al potrero de los bañados a chapotear al galope, olvidándome de que tosías como endemoniado. Recuerdo en los ojos de mamá la amalgama de la furia y la desesperación. No me hicieron falta los cinco días que pasé en penitencia junto a tu cama de enfermo leyéndote *La venganza de Sandokán* y *Los piratas de Malasia* para comprender que en esa familia no habría de allí en más otra cosa más importante que tus pulmones.

Hablaba de la primera vez que fuimos a Cosquín, siempre después fue Cosquín. Los recuerdos quizá se mezclan con otros posteriores, pero, aunque estuvimos varias veces, de esa primera es la imagen de la galería a la que daban los cuartos del Hotel Mundial, y la de las tardes sentados en sillones de mimbre (pinchaban mis pantorrillas en pantalón corto, apoyadas sin que los pies llegasen al suelo), muy cerca las ramitas de un jazmín abrazado a la columna de hierro, oliendo dulce y tenazmente, y ante nosotros la masa silenciosa del Pan de Azúcar oscureciéndose, desdibujando la trama de sus matorrales y el zigzagueo de los senderos. Es una visión nostálgica, pero no la única; así como las tardes del campo no tenían para mí ningún efecto, las de las Sierras eran una muerte serena, un silencio agazapado esperando la oscuridad para derramarse sobre cada cosa, una tristeza física, desconocida (¿como lo son todas?). Nunca hablamos de eso, no sé si recordás que a la precisa hora del ocaso, me escondía de todos, me evadía a

aspirar esa opresión necesaria, narcótica; me quedaba generalmente bajo el tala de las iguanas (hablo de la casa, no del hotel) hasta que a la noche no le quedaban resquicios. Durante el día otra era la cosa, por supuesto, ni me acordaba del atardecer, y nos divertíamos como locos. Celebro la idea del viejo de alquilar cada año esa casa sobre el río, con la deliberada y manifiesta intención de tener también cada año la visita de tío Alfonso y la cohorte de mujeres que es su familia. Nuestras primas, en particular las mayores, ejercían su autoridad sobre nuestra mansedumbre, no había tiempo para desacatos, su creatividad era inagotable. O convencían al Ilde (Ildefonso hubiera sido demasiado solemne, demasiado visigótico para un peoncito de alpargatas bigotudas) de que armara el sulky y nos llevara a los siete, ellas cuatro en el asiento polvoriento, nosotros haciendo peligroso equilibrio cada uno en los guardabarras enclenques, el Ilde en cuclillas sosteniendo las riendas y revoleando con malicia el látigo sobre nuestras cabezas, y todo para dar un paseo por el pueblo adormilado, desierto, y hasta la estación en la que nos sentaríamos, pacientes, en los dos bancos del andén, a jugar algún juego de prendas, hasta reconocer la percusión sistemática y metálica del tren de la tarde que se acercaba, vaporoso, que hacía sonar su pito para que nosotros gritáramos esperando su detención con el estruendo de hierros imitado en eco, vagón a vagón, hasta la letanía desvanecida del último. Si alguna familia bajaba, miraba, desorientada, confusa por ese momento ansiado del arribo, al infantil comité de recepción. (Yo necesitaba recordar, cada vez, para probar mi memoria, las estaciones y apeaderos que el tren había pasado desde su salida de Alta Córdoba: Rodríguez del Busto, La Tablada, Argüello, Suquía, Quisquizacate, Tristán Narvaja, Rivera Indarte, Saldán, El Zaino, Dumesnil, La Calera, etcétera, km 594 y, por fin, Cosquín). Otras veces,

cuando la tía Eugenia las había llamado a sosiego, decidían que se jugaba a la lotería sentados en el suelo de la galería o, poniendo a prueba nuestra hombría, al té de mentirita en su jueguito de falsa porcelana, que debíamos compartir con sus malditas muñecas. O, si el calor de la siesta no se resistía ni despatarrándose sobre el piso de mosaicos, convencían a la siempre dispuesta tía Maribel para que nos cuidara en el río. Y ese era nuestro momento de mostrar que los hombres estamos hechos para los riesgos, quedarse con la cabeza bajo el agua, o hacer equilibrio sobre las piedras musgosas, o subir a los sauces llorones y burlar a nuestras primas desde la altura, donde sus manotazos de agua nunca nos alcanzarían. Aún sin la conciencia clara, había para mí en esa convivencia con ellas una sensación, íntima, que el resto del año quedaba adormecida pero latente, sensación del contacto con la femineidad, con esa alteridad de melenas ondulantes, de tactos delicados, de encajes en el cuello, de leves aromas perfumados cuando se hicieron mayores. Hoy que soy adulto, debo suponerlo un erotismo larvado, pero no sé qué nombre verdadero toma cuando es insospechadamente inocente. Cuando vino la adolescencia y empezaron a tener formas, podía a lo sumo picarme la curiosidad, pero de ahí no pasaba, supongo que lo mismo pasa con las hermanas. La femineidad era, de todos modos, una categoría de mi lógica, un universo paralelo pero forzosamente coexistente, una inquietud inacabable; a esa edad, la de la adolescencia, ya había ocupado los dos polos de mi existencia, el de Buenos Aires (en las mujeres que iban en el tranvía, a quienes analizaba meticulosamente cuidando que no se notara el espionaje, en las empleadas de los comercios, en el altivo paso de las porteñas por las veredas de Florida) y el de las Sierras. O, más exactamente, el de la casa alquilada de las Sierras. En este microcosmos mi visión

había pasado de las primas a las tías, sobre las que no pesaba el anatema de los lazos sanguíneos. Eugenia, la esposa de tío Alfonso, era hermosa porque sus ojos celestes lo eran, porque sus manos tenían esos dedos tan largos y esas uñas tan impecablemente pintadas, porque sus livianos vestidos ignoraban los calores que a nosotros nos derretían y soportaban immaculados los bruscos espasmos del viento, cargados de tierra, con que las sierras nos recordaban que aquel era un país primitivo. Su hermana Maribel, que por vaya a saberse qué designio es soltera, tenía la atracción de su mirada serena dirigida a otro mundo, interno e indescifrable, y la de ese pasar de su mano sobre mi cabeza cuando llegaba, y de los hombros que asomaban de sus soleras. Y, por supuesto, su amiga de aquel verano, aquella Sofía del pelo atado en trenza hasta la cintura que meneaba al caminar o recostaba sobre los almohadones o adormecía sobre su pecho, pero en cualquier caso siempre insoslayable, magnética. ¿Cómo imaginar esa siesta, escondidos en el sauce por el puro afán de sustraernos al rigor del sueño obligado y a la quietud de las habitaciones cerradas, cómo suponer que ella preferiría la soledad del río, que saldría con el agua todavía fluyendo por sus brazos dorados, que sentada en las piedras de la orilla tomaría la insólita determinación de desabrochar sus breteles y dejar que el traje de baño resbalara hasta sus pies, que dejara pasar esos segundos pensativa, que permitiera que el sol y nuestros ojos recorrieran los senos perfectos, la agudeza de sus pezones, la superficie brillante de los muslos, hasta el brusco gesto de vestirse con su solera, de tal modo que su trenza le dibujara un trazo húmedo en la espalda? Sofía se fue un buen día y nosotros supimos lo que son los momentos cruciales en la vida, porque no dudamos que hubo un quiebre, un antes y un después de Sofía.

De todos modos yo seguí acechando a nuestras tías, pero estoy seguro de que ni siquiera sospechaste que fue por interés de escucharlas más que de atisbar sus dones de mujer. No a sus conversaciones, que no me incumbían, sino a esa costumbre suya de intercalar términos siempre diferentes, de los que nunca se escuchaban en casa, como si su idioma hubiera sido invadido por algún otro: *Epifanía, hegemónico, prístino, abyecto*, y la lista es muchísimo más larga según acusa el cuadernito en el que las escribía, cada noche después de la cena, sintiendo una gran frustración cuando no había ninguna para agregar. Saberlo les hubiera hecho entender mi discreta pero empecinada vigilancia. Así es que lamento contradecir lo que me dijiste en el Tortoni respecto a mi desinterés por las palabras; no sé muy bien por qué lo hice mi secreto.

Apenas llegue a tierra firme (nunca más ansiado el lugar común), te escribiré.

Con un abrazo,

R.